



mundo, una grieta en la que refugiarme! Hacía estallar la desesperación en su interior como una ola que no se rompe. Emilia había sentido en algún lugar, en un resquicio de la noche, un vacío al que ella atribuye un significado profundo y que le produce melancolía.

Sale al balcón del Ajax. Está vacío y abandonado, lo que la lleva a preguntarse si estará permitido en realidad estar ahí. Hay cajas de cerveza apiladas y dos sombrillas ladeadas por el viento. Ha llovido. Busca cigarrillos en el bolso, pero no encuentra. Bosteza. Y entonces alguien la sujeta por detrás. Una fuerte garra hace presa en su hombro. Ve plegarse sobre su rostro una mano grande y cálida que huele levemente a comino y le comprime los ojos, dedos que le rozan los labios, dedos cuyos callos ella puede sentir. Su espalda entra en contacto con un cuerpo sólido. Tras sus ojos se produce un estallido. Una llama de pánico. Inmediatamente después, toda fuerza y toda forma le desaparecen del cuerpo y resbala, sin el menor amago de huida o lucha, completamente floja, cayendo de la mano que la agarra sobre las losas de cemento mojadas por la lluvia, grandes y duras.

—¡Oye, Emilia! ¿Qué haces? —la voz amortiguada se abre paso por el silencio susurrante. Es Frank, que se ha sentado bastantes veces a comer a su mesa. Gracioso, sin más; poseedor también, ahora que cae con efectos retroactivos, de ese aroma corporal con toques de comino por el que habría podido reconocerlo—. ¿Estás de broma? —exclama desde arriba. Transcurren por lo menos veinte segundos en los que la humedad de las losas penetra en ella a través de la tela de la ropa, en los que se pregunta si podría p